





SEGUNDA EDICIÓN ABRIL DE 2023

alter  ediciones

GUSTAVO FRIPP ROJAS  
ILUSTRADO POR GUSTAVO SALA



# ¿Boniato?

¿QUÉ ES *BONIATO*, MAESTRO?

Pequeño diccionario ilustrado  
de uruguayismos para porteños

CONTIENE COMO CHIQUICIENTAS DEFINICIONES

© 2023, Gustavo Fripp Rojas (textos)

© 2023, Gustavo Sala (ilustraciones)

© 2023, Alter Ediciones

[www.alterediciones.com](http://www.alterediciones.com)

[alterediciones@gmail.com](mailto:alterediciones@gmail.com)

**Ilustraciones:**

Gustavo Sala

**Diseño y armado:**

manosanta desarrollo editorial

[www.manosanta.com.uy](http://www.manosanta.com.uy)

**Corrección de estilo:**

Ana de León

**Asesoramiento:**

Yamila Montenegro

ISBN: 978-9915-9514-8-5

**Impreso en Uruguay por Imprimex**

**Depósito legal:** xx

Esta edición de 600 ejemplares se terminó al cuidado de Manuel Carballa,  
en la ciudad de Montevideo, en el mes de abril de 2023.

alter  ediciones

# Nota de los editores

---

Entregamos este libro con la esperanza de que disfruten su lectura tanto como nosotros. Es un diccionario atípico: irreverente, polémico e hilarante. Y es un gran esfuerzo de un solo autor: Gustavo Fripp Rojas.

Perfectible como cualquier diccionario, pero meritorio de todas formas, se trata de una obra pensada, primero, para ayudar a los visitantes argentinos a comprender palabras y expresiones uruguayas. Y luego, de yapa, nos propone reencontrarnos con un estilo de humor que nos es común en ambas orillas.

En las explicaciones de cada entrada y en los ejemplos elegidos abundan las referencias culinarias, en especial, al mate, al vino y al asado, como no podía ser de otra manera si consideramos que el texto nació orientado hacia el turista porteño y, por ende, requiere que aparezcan los *típicos típicos* que nos hermanan con los argentinos, casi como una marca de autenticidad. Esta misma lógica se refuerza si nos atenemos a lo que dice el propio Fripp sobre sí mismo, al presentarse como un trabajador del medio gastronómico, a cargo de un emprendimiento pequeño, primero en Colonia del Sacramento, principal ciudad turística del litoral uruguayo, visitada por extranjeros durante todo el año, sobre todo, argentinos, y actualmente en Montevideo, en la mítica calle Tristán Narvaja, zona de libros y boliches.

Pero que el autor no nos engañe: Fripp es mucho más que un gastrónomo. Ha publicado numerosos artículos de opinión en medios de prensa uruguayos, y fue el inteligente editor de la revista de sátira política *Oligarca Puto!*, publicación intencionalmente *under* que se volvió un referente casi de culto en la segunda década del s. XXI.

No es casual entonces que nos traiga este llamativo trabajo, que aunque comenzó con la simple intención de colaborar con los turistas porteños que llegaban a su establecimiento y terminaban despistados por el palabrerío yorugua, luego, al avanzar, y sin dejar de lado el cometido inicial, permitió que asomaran a lo largo de la obra los chistes fuera de lugar, deliciosamente incorrectos, maliciosamente descarados.

Humor que también sirve para pensar el mundo, para experimentar una carcajada como una consecuencia natural de la crítica y del ejercicio de mantener la mente afilada para resistir los tiempos duros. Un estilo que tiene su herencia en las revistas *El Dedo* y *Guambia* de Uruguay, y en la revista *Humor* de Argentina, emparentado incluso con la más reciente *Revista Barcelona*.

¿Es un diccionario? Sí, sin duda. Fripp nos ayuda a comprender términos y expresiones; logra explicar los giros del lenguaje con su particular estilo, con sus elecciones de entradas de diccionario a veces convencionales, a veces aparentemente caprichosas, pero que revisten la lógica de la conversación mano a mano, del haber necesitado explicarle al amigo argento o al turista confundido que la palabra extraña en el menú no es una comida exótica, sino algo que come seguido, o que la otra palabra que entendió como una sola en realidad son dos, o que aquella que le pareció una grosería tiene un significado inofensivo, o que el mismo término con el que un rato antes alguien había indicado que algo estaba saliendo muy bien, en otro contexto puede significar que algo está saliendo muy mal. O incluso significa lo mismo que para él, pero Fripp se la traduce *al uruguayo*. Y así se va construyendo este primer noble esfuerzo de arrimar a los porteños (y no porteños) explicaciones sobre cómo hablamos los uruguayos. Y más, incluso: sobre quiénes somos.

## Breves comentarios para lingüistas y otros sabedores

---

Las locuciones verbales que se incluyen como entradas independientes están ingresadas por el atributo o complemento (*cara, estar de*). También, las precedidas por artículos (*mismo -a, el/la*). El resto de las piezas léxicas pluriverbales se ingresaron de manera canónica, sin hacer inversiones (*a la carrera, de bobera*).

Algunas entradas y acepciones no presentan ejemplos de uso pues el autor no lo consideró pertinente. Esto podría cambiar en futuras ediciones.

Ciertas expresiones han resultado más escurridizas que otras al momento de asignarles una categoría gramatical (especialmente, los adverbios, las interjecciones y las locuciones). En una futura edición, algunos lemas podrían aparecer con una marca gramatical diferente, si la discusión continúa enriqueciéndose en el futuro.

La información que aparece entrecorchetada enseguida de algunos lemas responde a varios tipos: variantes fonéticas o gráficas (*bac [también ba]*), información etimológica (*batecló [de waterclós...]*), vocablos improprios habituales y otros rasgos de pronunciación (*abollado -da [abollao -á]*), complementos o sintagmas completos de los cuales proviene la palabra (*credencial [por credencial cívica]*), entre otros.

En lemas con varias acepciones, si una de ellas se considera compartida con hablantes argentinos, se la incluye anticipada por el adverbio *también*, como aviso de que es común para hablantes de ambos países, pero sin extenderse en su definición (*abicharse... 2. También agusanarse*).

Los avisos en palabras que presentan variantes (gráficas o fonéticas) no siempre se presentan igual. Depende de si la variante se usa en Argentina o en el español en general, entre otros aspectos. Así, palabras que presentan una sola variante fonética (*croasán* y *cruasán*) suelen incluirse en la misma entrada, entrecorchetados, enseguida del lema. Otros casos en los que la diferencia es más acentuada se ingresaron como entradas independientes (aunque una remita a la otra), ya sea por la ubicación de la variante gráfica (*burucuyá* y *mburucuyá*), por la cantidad (*corasán* y *croasán*) o porque en la oralidad podrían interpretarse como

términos con significados distintos y no necesariamente relacionados, en vez de como variantes de un mismo término (*rescatarse* y *recatarse*). Si el lema corresponde a una variante comprendida como no estándar, se avisa con la abreviatura *var*. En los casos en que a un lema comprendido como variante estándar se le asocian variantes fonéticas o gráficas, o incluso sinónimos, se avisa entre corchetes mediante el adverbio *también* (*chuco [también chucu]; chupa-chupa [también chupetín]*). Los casos en los que no hay acuerdo sobre cuál variante proviene de otra se señalan de igual modo con el adverbio *también*, como en *chuco/chucu* (en una futura edición, algunos podrían cambiar).

Se ha propuesto una marca alternativa (*constr.*, por *construcción*) para algunos casos que, sin llegar a considerarse locuciones verbales (fijas), se construyen obligatoriamente con ciertos verbos, algunos de los cuales se incluyen en el lema (*donado -da, estar... andar... ser un...*). Aunque se trata de un criterio que no se encuentra en diccionarios convencionales, se entiende que, en esta obra, esta manera particular de lematizar esos usos ayudará al lector a comprenderlos mejor.

En algunos ejemplos se usan vocablos improprios característicos de la oralidad, como *sias* por *seás* (*seas*; verbo *ser*, 2.<sup>a</sup> p. s. del presente del subjuntivo), o *picá* por *picar* (infinitivo). Como se identifican con facilidad en el contexto, se resolvió no señalarlos diacríticamente, para evitar el exceso de marcas en los artículos. Por el mismo motivo, se resolvió no señalar los contornos que aparezcan en las definiciones.

Además, el autor incluyó algunos acortamientos, aumentativos y diminutivos, considerando la frecuencia con que aparecen en el habla uruguaya. Asimismo, las aféresis de las formas conjugadas del verbo *estar* son usadas hasta el agotamiento en Uruguay («...¡toy, toy, toy!»). Aunque resulte atípico para un diccionario, el autor decidió recoger varios de estos usos, para orientar al visitante extranjero si alguna vez escucha un término por el estilo y necesita ayuda para entender, en palabras del propio Fripp, «qué carajo es eso».

## Abreviaturas

---

acort.	acortamiento
adj.	adjetivo
adv.	adverbio
afer.	aféresis
aum.	aumentativo
constr.	construcción
copulat.	copulativo
dim.	diminutivo
expr.	expresión
f.	nombre femenino
interj.	interjección
intr.	verbo intransitivo
loc. adj.	locución adjetiva
loc. adv.	locución adverbial
loc. interj.	locución interjectiva
loc. verb.	locución verbal
m.	nombre masculino
pl.	plural
prnl.	verbo pronominal
tr.	verbo transitivo
var.	variante (gráfica o fonética)



# ¿Qué es Boniato?

¿QUÉ ES BONIATO, MAESTRO?

# Agradecimientos

---

Agradecimientos, lo que se dice agradecimientos, hay varios... Muchos tienen que ver con la primera edición de este libro y otros, luego de que este salió y llegó a su segunda edición.

Por ejemplo, a Ana Paula Villanueva, que me vino con la idea hace unos años, y a la infinita y generosa paciencia de mis amigos argentinos, a quienes atomicé a preguntas todo este tiempo para este trabajo, por todos los medios de comunicación posibles. Como Paula Rusconi, Lucas Caricato y Soledad Suárez, que fueron a quienes más atomicé. También a Nadia Rusconi, a Belito Wasinger, a Mateo Insourrille y a Sol Bidon-Channal. Al hoy Txus Torres, que decidió mudarse a ese lado del charco, y a la familia Fimognares.

A mi hermano argento, Tiaguito Fripp, y, ya que estamos entre familia, a mis gurises, Emiliano y Martina, porque los amo y porque así no le venden los derechos de autor al Grupo Planeta cuando yo esté finado. Y a Cristina Rojas, mi vieja, porque me ayudó a redondear el título, y porque a las mamás siempre tenemos que agradecerles, porque ya las bardeamos y las hicimos rabiarse bastante cuando éramos más jóvenes.

También a Kundeke González, que me consiguió prestado un diccionario de uruguayismos del sesenta y pico. Me dijo: «Cuidalo mucho, que no es mío», pero me lo rastrillaron cuando apenas lo había ojeado. Y a Viviana Rodríguez, que me trajo el *Nuevo diccionario de uruguayismos* de Kühl de Mones bajo el granizo del temporal de Santa Rosa.

A Gamal Ale, por su aporte murguero, a Cecilia Bértola, por tirarme los propios piques, y a las amigas y amigos que me inspiraron para ilustrar los ejemplos de uso de las palabras que se definen en este trabajo. En especial, a la Rubia, al Juampa, a Moe, a Pierre y a Flo, que son solo algunos de ellos y a quienes quiero mucho y que, además, me aguantaron abundante la cabeza.

A Camu Pérez y al Tone, por hacerme el aguante en el boliche en pleno enero, cuando me tuve que abocar a la última parte del trabajo de la primera edición a contrarreloj, para que salga a tiempo, y al Gordo Esteban,

por tirarme la idea de hablar con la gente de Alter Ediciones cuando yo andaba como bola sin manija sin saber qué hacer con el diccionario. A Lupita Rábidus, que ilustró la primera edición.

A todos los integrantes de Alter, empezando por Manuel Carballa, quien confió al instante en este proyecto, y en una reunión de menos de cuatro horas, y con solamente cuatro cervezas, nos comprometimos en sacarlo adelante juntos. Y también a Ana de León, que te corrige hasta la postura de la columna si te sentás medio encorvao, por el entusiasmo y la dedicación que puso desde el primer momento. Y ni hablar del Dani, que anda siempre cargando sus cajas de libros, muchas veces al ñudo, militándola y a menudo aguantando las chanzas de alguno que maneja buena parte de la distribución de libros de por acá. También a Hernán y a Florencia, de esta editorial.

A Yamila Montenegro, por sus consejos cuando nos propusimos ordenar la información para no quedar tan pegados delante de los lingüistas.

A Pedro Saborido, que inmediatamente y sin ninguna pretensión más que se le pagara el pasaje, un pomelo y un par de cachos de pizza, se cruzó el charco sin saber ni quiénes éramos y, desplegando buena parte de su repertorio, salvó el día en la presentación de la primera edición, mientras yo, por los nervios, no sabía mucho qué decir.

A Gustavo Sala, quien agarró viaje enseguida para ilustrar esta segunda edición y en cuyos dibujos gastó sus mejores silvapenes, ya que al parecer es un uruguayo atrapado en el cuerpo de un argentino.

Y espero no olvidarme de alguien (o al menos que esos álguienes no se enteren).

Gustavo Fripp Rojas

## De cómo, cuándo, dónde y por qué terminé escribiendo este diccionario

---

«¿Cómo un cocinero terminó escribiendo un libro que no es de recetas?», se podría haber preguntado más de uno si yo fuera Joël Robuchon, Narda Lepes o Sergio Puglia. Pero como no soy ninguno de los tres y, al contrario de ellos, a mí no me conoce nadie (salvo algún que otro acreedor que todavía me sigue buscando para cobrarme una cuenta), ninguna persona se hizo jamás esa pregunta, ni se la hará. Esto me da pie para contar que, gracias a este oficio, al que llegué por los tropezones de la vida y no por habérmelo propuesto —ni por haber hecho un curso en el Instituto Gastronómico Hotelero para ver cuán servil podía ser con los turistas con plata—, tuve la posibilidad, allá por el 2014, de abrir mi propio bolichito de comidas en la cada vez más bella Colonia del Sacramento, en Uruguay. Así que pude levantarme a las 11 de la mañana para ir a trabajar sin que ningún patrón impertinente me moleste y, también sin que ningún patrón impertinente me moleste, pude intercalar la cocina con, tal vez, la única pasión que tengo cuando me acuerdo que la tengo: escribir. Pico cebolla y morrón, pongo a saltear la carne picada para la *bolognesa*, me siento a escribir, vuelvo a la cocina, le agrego salsa de tomate, sal, ajo, perejil y una hojita de laurel, me siento a escribir otro poco, hasta que la salsa está pronta y emplato la pasta con ella. Le tiro un poquito de *ciboulette* picadito por arriba, lo mando a la mesa con mis mejores deseos de buen provecho y me siento a escribir de nuevo. Pero claro, no podía escribir un libro de recetas porque las que cocino básicamente no son mías; muchas las aprendí gracias a buenos amigos cocineros y cocineras de verdad.

Entonces, la pregunta del principio podría convertirse en una afirmación: ¿quién iba a decir que alguien con el oficio de la escritura sería capaz de hacer un huevo frito!?

No sé en qué momento, volviendo al boliche luego de hacer los mandados, fue que surgió la idea de introducir los viejos y queridos boniatos fritos en el menú, como entrada o para picar con una cervecita artesanal, o como guarnición de la bondiola a la cerveza o de una hamburguesa vegetariana hecha con una base de lentejas. No suele haber boniatos fritos en bares y

restoranes, al menos en lo que se llama *casco histórico de Colonia*. La propuesta resultó llamativa y «¿qué es *boniato*, maestro?» se volvió entonces la pregunta recurrente de todos los turistas argentinos que se sentaban a comer. «Lo que ustedes conocen como *batata*», era nuestra didáctica explicación, a lo que los argentinos, invariablemente, respondían con un gesto de entre sorpresa y diversión que casi siempre terminaba con un «¡a mí traeme unas batatiiiiitaaas, maestro!». A veces pienso que la popularidad de los boniatos fritos se debió, más que por la boniatitud en sí misma de la propuesta, a la curiosidad de los turistas argentinos por comer batatas con un nombre para ellos exótico. Algo similar sucedió con nuestros entrecot al tannat y entrecot a la pimienta: «¿Qué es *entrecot*, maestro?».

Colonia del Sacramento, debo decir, es un punto privilegiado para observar y divertirse con las diferencias entre el lenguaje de los argentinos de Capital Federal y de la provincia de Buenos Aires con el nuestro. Para ambos, es algo que siempre llama la atención, y un tema que ocupa algunas que otras conversaciones, de esas que generan cierta empatía típica entre hermanos que se quieren pero se pelean. Se da tanto entre colonienses y porteños que están turisteando como entre aquellos que se han venido a vivir a estos pagos.

En su calidad de ciudad fronteriza, Colonia se ha ido convirtiendo, con el transcurso de los años y sin pausa, en el nuevo hogar de muchos argentinos y argentinas que vienen a buscar una tierra más tranqui para vivir; algunos de ellos se vinieron flechados por Cupido, y también están los que llegaron huyendo del macrismo, en su momento, como antes de otros *-ismos* y algunas que otras *-duras*.

También por ser una ciudad de frontera, antes de que existiera la televisión para abonados, solo se agarraban los canales ATC, el 9, el 11 y el 13, además del canal 3 de acá, por lo que muchos nos criamos sin saber absolutamente nada de los canales uruguayos 4, 5, 10 y 12. Por eso conocíamos como *Brigada A* a la serie aquella con Mario Baracus que los montevideanos y otros llamaban *Los Magníficos*.



Asimismo, era más fácil sintonizar una radio porteña que una de Montevideo —y lo sigue siendo—, y hoy día, en los bares, existe una buena probabilidad de que en vez de pasar un Peñarol-Nacional pasen un Boca-River. Muchas personas son hinchas de un cuadro de acá y de otro de allá, y algunos incluso son hinchas solo de un cuadro de allá.

Como bien observó la Rubia, una amiga montevideana, los colonien- ses, además, hablamos lo que ella dio en llamar *canario-porteño* (porque los montevideanos le dicen *canario* a todo lo que sea del interior). Le decimos *villa* a nuestros propios cantes, y mezclamos ese típico acento de canario del interior con términos porteños (nótese que para los uruguayos todos los argentinos son porteños). No es nada extraño escuchar a los colonienses decir «bo, gurises, está pasado el chabón ese» o «joya, gurises, buenazo, lo dejamos pa septiembre, así lo hacemos tranca» o «anoche, después del cole, tomamos bocha de helado con el botija».

En muchos aspectos de la vida cotidiana, y sin que nos demos cuenta, los colonienses nos vemos atravesados por la argentinidad. Entre otras cosas, sufrimos en carne propia las devaluaciones del peso argentino, que, como a tantos millones de personas en Argentina, también le partió el upite a miles de colonienses que viven del turismo que proviene principalmente (o provenía, bah) de la vecina orilla.

Pero volvamos al tema de nuestros lenguajes. Entonces, veremos que la curiosidad por el asunto ha generado grandes e históricos debates entre hermanos rioplatenses, sobre temas tan relevantes para el desarrollo del pensamiento contemporáneo como el concepto de *pancho*, ya que mientras para los argentinos (o los porteños, al menos) el pancho solo es pancho cuando está dentro del pan —y si no está dentro del pan, le llaman *salchicha*—, para los uruguayos, el pancho siempre es pancho, desde que está dentro de un paquete con otros panchos más en una gón- dola de un supermercado esperando que los compres, hasta que te los comés, así sea al pan o al plato, con puré y un huevo frito arriba, sigue siendo un pancho. Así es que del otro lado del charco, el pancho nace de la metamorfosis que sufre la salchicha cuando entra en contacto con el pan de Viena, mientras que de este lado, el pancho es pancho de nacimiento y sigue siendo pancho mientras transita por nuestro aparato digestivo, hasta que se vuelve recuerdo. Y salchichas son únicamente unos perros petisos, odiosos, histéricos y feos que ladran mucho.

Abundan, además, debates no exentos de malos entendidos, como por ejemplo aquel famoso caso en que un uruguayo le prestó un viejo libro medio destartado a un argentino, a la vez que le pedía que lo tratara con cariño porque estaba *medio guasqueado*, por lo que el argentino lo quedó mirando, con una mezcla de asco y profunda extrañeza, después de tirar el libro al piso y limpiarse las manos contra la pared.

Tal vez para, entre hermanos, limar las asperezas que pudieran devenir de ese tipo de malos entendidos, una amiga argentina que vive hace ya

muchos años en Colonia del Sacramento me vino con la idea de escribir un diccionario uruguayo-argentino. La idea original era hacer algo chiquito, un librito que dijera qué era un boniato, un campeón, una caldera o un lampazo... Pero cuando comencé a indagar en el asunto me entré a apasionar y me di cuenta de que el tema tenía linda tela para cortar. Empecé a juntar palabras y a atomizar a algunos amigos argentinos a cualquier hora con preguntas como «¿ustedes le dicen *atomizar*, de *atomizar*, cuándo atomizás a alguien como yo te estoy atomizando ahora?».

Busqué y encontré material en internet, desde páginas de Facebook a blogs, con la misma curiosidad que me embriagó. Y empecé a encontrar libros, diccionarios de uruguayismos, y descubrí para qué sirven los lingüistas y qué importante es lo que hacen. Entonces me propuse el desafío de, en vez de sacar un pequeño librito con algunas palabras, meterme de lleno en un proyecto ambicioso, a ver si era capaz de finalizarlo, y no como todas aquellas grandes ideas que siempre empiezo y termino abandonando. Por no hablar de aquellas grandes ideas que nunca empiezo, que son la mayoría. Porque tener ideas es fácil, sobre todo cuando estás tomando un vino. Y más si te juntás con amigos prolíficos en ideas, como los que tengo yo. Grandes reuniones de las que han surgido miles, millones de ideas con las cuales tantas veces estuvimos a punto de cambiar el mundo, porque ya se sabe que chanco flaco sueña con grandes maizales.

Así que en eso me pasé los últimos dos o tres años, como un obsesivo afebrado, anotando palabras en una libretita, escuchando hablar a los argentinos, a los montevideanos y a los canarios-porteños, y descubriendo muchas curiosidades de nuestras distintas formas de hablar. Hasta la forma de pronunciar, que es lo que nos distingue a los unos de los otros. Por ejemplo, muchos uruguayos no pronunciamos claramente algunas eses cuando están seguidas de ciertas consonantes. Pronunciamos algo parecido a una jota: «Ta lleno de mojca»; «Qué ajco». Es que si pronun- ciáramos palabras como *moscas* marcando las eses como eses, claramente estaríamos hablando como los porteños, como fácilmente lo está corroborando en este momento todo aquel yorugua que mientras lee esto está pronunciando estas palabras varias veces, solo y en voz alta, para verificar si efectivamente la pronuncia así.

Esta aventura del diccionario fue un hermoso viaje en el que partici- paron activamente como *fuentes* amigos y amigas de allá, de acá, de acá que viven allá y de allá que viven acá, y hasta de algunos que son de allá pero viven acá con alguien de acá, o son de allá pero vivieron allá con alguien de acá. Todas esas personas, con dedicación y paciencia, fueron sacándome varias dudas y llenándome de otras. Aprendí a observar cómo el habla va cambiando con las generaciones, dependiendo de donde ven- gamos o de qué vínculos sociales tengamos.

Me di cuenta de que necesitaría una vida (o un financiamiento del Ministerio de Educación y Cultura..., ¡¡se escuchan ofertas!!) para hacer un

trabajo más completo, ya que los uruguayismos a los que me refiero en este diccionario son básicamente colonienses y montevidianos, y aprovecho la ocasión para aclarar que bajo ningún concepto este trabajo pretende abarcar *el uruguayismo*, puesto que no hay uno sino varios, tantos como pueblitos, pueblos, puebluchos o departamentos, y en todos los puntos cardinales, muchos de los cuales lindan con Brasil o Argentina, con sus consiguientes influencias.

Seguramente encontrarán inexactitudes, cosas que faltan, expresiones colonienses que no usan los montevidianos, montevidianismos desconocidos para los de Colonia y uruguayismos de los cuales ningún argentino escuchó hablar en su vida, pero que otros sí, y los usan con la misma acepción.\* Y de todo ese entrevero lingüístico rioplatense, más incontables lecturas, mucha investigación y dos o tres millones de verificaciones, redacté este libro. Con sus defectos y sus virtudes, y con perdón de los lingüistas, que espero no se enojen por el atrevimiento.

A medida que me fui compenetrando y entusiasmando con el trabajo, empecé a dimensionar la importancia de lo que estaba haciendo, ya que, de haber existido un diccionario de este cariz, quién sabe si, por ejemplo, cuando las relaciones bilaterales entre nuestros países se tensaron al máximo en 2006 a raíz de la instalación de una planta de celulosa en Fray Bentos, podría haber ayudado a entenderse mejor a las partes. Y Tabaré Vázquez, quien era en ese momento nuestro presidente, no hubiera tenido que dar luego aquel lastimoso espectáculo al admitir que le pidió ayuda a Bush ante un eventual conflicto bélico con Argentina.

Pero bueno, no se puede estar en todo. En último caso, seguramente este diccionario servirá para que ningún porteño que venga de visita a Colonia, Montevideo o Valizas termine perdido, sin rumbo y boyando por ahí, desesperado, sin poder entenderse con un uruguayo nativo por cosas de la barrera idiomática. Si logra ese aporte a la comunicación, el esfuerzo estará más que justificado y no cabrán otras palabras que no sean de júbilo y algarabía.

\* Estaría buenazo que todas aquellas personas que tengan algo con lo que colaborar al respecto, tanto para discutir, compartir información y proponer palabras, significados o incertidumbres lo hagan a [✉quesboniato@gmail.com](mailto:quesboniato@gmail.com).

## Breve introducción a la segunda edición

---

Si antes de leer esto prestan atención a mi nota a la primera edición de este diccionario y a la nota de los editores, lo van a entender mejor. Por eso no voy a andar repitiendo, como loro al cual le cosieron el culo, los porqueres y otras pormenoridades que hacen al nacimiento de este libro. Solamente diré que era el 2019 cuando salió de la imprenta. Parece haber sido hace no demasiado tiempo, pero han pasado tantas cosas en tan corto período que al final parece que fue hace mucho.

El mundo estaba, al igual que todos los años desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, al borde de la Tercera Guerra Mundial, pero aún no había detonado la guerra entre Rusia y Ucrania y no teníamos ni puta idea de quién era Volodimir Zelenski. Además, la devaluación del peso argentino hizo que llegara a cotizarse a un centésimo por peso uruguayo, por lo que los visitantes argentinos debían vender un pulmón para comprar un paquete de cigarros o el hígado para tomarse una cerveza. Y no era poco frecuente para los uruguayos y las uruguayas ver bajar de terrible camioneta a una familia argentina *de clase bien* y salir del supermercado con una flauta y un poco de fiambre, en lo cual debían de haber gastado el aguinaldo, como pasó en aquellos aciagos días en los que el entonces presidente Mauricio Macri bailaba entre globos de colores mientras prometía «la revolución de la alegría».

Entonces, con Manuel Carballa, el editor, nos miramos y nos dimos cuenta de que habíamos sacado un libro al pedo. Porque ¿qué sentido tiene sacar un diccionario de uruguayismos para porteños si nos faltan los porteños? Eso, pensando en todos aquellos porteños que dejaron de cruzar el charco. Vos imaginate..., si los pocos argentinos que venían solo pasaban penurias, ¿quién carajo iba a comprar un libro que, con ese tipo de cambio, les iba a salir como seis meses de sueldo?

Otra de nuestras maravillosas ideas era, obviamente, que los libros cruzaran el charco. Pero ¡figurate el precio del libro allá! ¡Que es importado! (Importado de Uruguay, pero no deja de ser importado, ¿eh?) «Cariño, voy a vender el auto porque quiero comprar un diccionario de uruguayismos para porteños que vi el otro día, que me pareció de lo más interesante»; «Sí, amor, hacé lo que te parezca», decía una de las ideas de la editorial para hacer publicidad en Telefé, a ver si podíamos vender por esos pagos alguno de esos libros que teníamos de clavo. Pero cuando le pasaron el presupuesto, Alter Ediciones se dio cuenta de que no le daban los números, a pesar del cambio favorable.

«Qué cagada me mandé», pensaba el editor, sentado arriba de setecientos diccionarios de uruguayismos para porteños, que además tienen tapa blanca y se ensucian fácilmente..., cuando de repente ¡zas!, llega la pandemia... Y eso sí que era novedad. Porque lo de la Tercera Guerra Mundial, la falta de agua potable y el Mundial 2030 es algo que todos sabemos hace muchos años que en algún momento va a llegar..., pero ¿la pandemia?

La pandemia fue maravillosa. Parecía el mismísimo Apocalipsis. De algún modo, algún señor Burns se las ingenió para que absolutamente toda la humanidad comprara todo el papel higiénico que existía en stock y luego se encerrara en su casa al mismo tiempo. TODOS. Mestizos, indios, rubios de clase alta con camioneta grande y pito chico, incas, mayas, hindúes, vikingos, adventistas, mormones de esos de la iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, trotskistas, maoístas, anarcopunks, trotskistas que no están de acuerdo con los trotskistas que nombré más atrás ni con los próximos trotskistas a nombrar, murguistas, parodistas y todo tipo de políticos. Hinchas de Basáñez, del Real Madrid y del Paris Saint Germain. Admiradores de Les Luthiers, de Iron Maiden y de Pablo Estramín. Rastas multilocos fumaporros, traficantes de drogas establecidos en cárteles y pastabaseros que menudean en la vereda. Ni el mismísimo loro salió a la calle durante la pandemia. Entonces, ¿qué hacemos ahora con todos estos libros?, se preguntaba Manuel durante la pandemia, mientras arrancaba las hojas de un ejemplar del diccionario para limpiar la parrilla donde se iba a hacer un asado solo para él, mientras le decía de mal modo a su hija Carmela que se mantuviera a dos metros de distancia.

Pero un día la pandemia terminó, y los mormones, los hinchas de Peñarol, de Nacional y de La Luz, todos los trotskistas de todas las secciones de la Cuarta Internacional, los isrealíes y los palestinos, los terraplanistas, les *queers* y los *mainstream* volvieron a sus actividades cotidianas. Reabrieron los lavaderos de autos y las casas de repuestos, volvieron las ferias vecinales con sus cajones de verduras y sus bolsas de boniatos y los bares de copas con sus borrachos permanentes aguantando el mostrador. Se levantaron las cortinas de los *second hand* esos, que venden ropa usada, y también la de los shoppings, donde le venden carísima la ropa a la gente que después de usarla un par de veces la termina vendiendo en el *second hand* a 150 pesos. Retornaron las casas de pesca con sus ofertas de carnada fresca, los pocos kioscos de diarios y revistas que quedan, porque como ya casi no hay diarios ni revistas en papel, porque casi nadie los lee en ese formato, casi, casi, casi que no hay kiosqueros..., yyyyy... además de las carnicerías y de los puestos de garrapiñada..., ¡volvieron las librerías! Y con la vuelta de las librerías, el diccionario este del que estamos hablando llegó a alguna que otra vidriera. Pero ¿qué nos seguía faltando? ¡Los porteños!

Y ¿quién compró el diccionario? Bueno, menos los porteños, visitantes de todos lados. Chilenos, franchutes, brazucas, gallegos... y, sobre todo, uruguayos autóctonos de acá, de pura cepa, nacidos acá. No sé por qué, ya que para entender el uruguayo, un uruguayo o una uruguayana no precisan

recurrir a un diccionario de uruguayismos que les explique qué quiere decir *entrecot*, *fisurado* o *lampazo*... Aunque si bien esto es cierto, no es menos cierto que muchos y muchas yoruguas compraron el diccionario para regalarle a gente amiga del otro lado del río, ahora que, gracias a la diferencia de cambio, a todo el mundo se le ha dado por viajar a la Argentina a cada rato, como quien va hasta la puerta a tomar mate. Y comer, chupar, pasear y traerse algún bagayito, ya que con el pasaje y todo la gente termina gastando menos que yendo el domingo a llevar a los gurises a los jueguitos del Parque Rodó y a comer unos churros.

De ese modo se fueron terminando los diccionarios que eran para allá, pero acá. Y al final resultó que solo un puñado de ellos cruzaron el charco. Así que celebramos esta nueva oportunidad que se presentó para que este trabajo trille las calles argentinas y se meta en las bibliotecas de quienes tengan ganas de tenerlo. Espero que a medida que empiecen a dar vuelta las páginas se encuentren en ellas igual de cómodos que si estuviéramos tomando un vinito en unos vasos de requesón y picando un chorolo.

Esta nueva edición tiene un condimento extra que seguramente hará resaltar los sabores de ese vino y ese chorolo: las viñetas de Gustavo Sala, que inmediatamente aceptó ilustrar este trabajo y que, estoy convencido, lo hará más disfrutable. Una brillante idea de la editorial, quién sabe si entusiasmados porque, con el tipo de cambio, un dibujante argentino sale muy barato o porque somos tocayos y eso puede quedar lindo en la tapa o porque sus dibujos son pedorramente exquisitos y puede darle calidad a este trabajo, que es pedorramente pedorro.

A modo de reflexión final, debemos confesarles a nuestros hermanos argentinos que en realidad un buen diccionario de uruguayismos *posta*, *polenta*, recién podría llegar a ver la luz dentro de algunos años, cuando hayan crecido y tenido hijos los hijos de esa enorme cantidad de migrantes, en su mayoría latinoamericanos (peruanos, cubanos, venezolanos, colombianos, dominicanos...), que en los últimos años vinieron, como otros en otras épocas y desde otros continentes, a buscar un mejor destino en estas tierras. Seguramente la mescolanza se ponga *chévere* por ese intercambio incipiente que hoy se da entre chavales y gurises, y andá a saber qué uruguayismos tendremos que andar poniendo dentro de unos años en la chiquicenta edición corregida y ampliada. Ya que, como bien dijo el Felipe cuando volvió de la escuela: «Mamá, ¿sabés cómo se dice *pelo* en venezolano?... Cabeio».

Por mi parte, y volviendo a esta segunda edición, pasé muy gratos momentos haciendo algunas correcciones y poniendo palabras que no estaban para esta nueva edición. Sobre todo porque durante la ola de calor tuve la excusa perfecta para no trabajar y estar todo el día sentado con la compu frente al ventilador, tomando cerveza y vino con hielo sin que nadie, ni mi madre ni mi conciencia, me dijeran nada.

Espero que ustedes también lo disfruten y lo lean haciendo lo mismo, con las patas arriba de la mesa.

## a

**a la carrera** loc. adv. Rápidamente, a las apuradas, a último momento. «Dale, mi amor, vamos a echarnos un polvito *a la carrera* y después seguimos cocinando.» «Vamos a tomar una cervecita *a la carrera*, que estamos llegando tarde.»

**a partir** loc. adv. Abundante, en grandes cantidades. «Qué bueno estuvo el asado, comimos carne *a partir*.»

**abichado -da** adj. **1.** Dícese de una persona que *está hecha un bicho* (ver en *bicho*), que se encierra en la casa y se aísla del mundo exterior durante un tiempo relativamente prolongado, por diversos motivos que pueden ir desde el frío que hace en invierno hasta estados de ánimo bajos, o, lisa y llanamente, por vagancia. «El Maxi está totalmente *abichado*. Lo fui a buscar para ir a jugar al fútbol, me atendió en calzoncillos y me dijo que le daba paja ponerse los pantalones para salir.» «Me pasé todo el invierno *abichado* mirando series de Netflix... había cosas buenas, pero me comí cada terrajada...!»  
**2.** También *agusanado*.

**abicharse** prnl. **1.** Ponerse abichado. ¡Cómo llueve! Ta lindo pa *abicharse* todo el día y

comer tortafritas y rascarse el hongo... Ojalá no pare.» **2.** También *agusanarse*.

**abollado -da** [abollao -á] adj. Tonto, zopenco, *paloma* (ver). Dícese de una persona a la que le faltan algunos jugadores, que no tiene todos los patitos en fila. «El *abollao* de Santiago nos dejó esperando de nuevo y no fue capaz de avisar.» «¡Ah, pero vos no podés ser más *abollao*! ¡¿Cómo vas a decirle esa grosería a la Camu?!»

**abombado -da** [abombao -á] adj. **1.** Dícese de una persona ingenua, de pocas luces, tonta o paloma. «Como si fuera poco, soy tan *abombao* que fui y los voté de vuelta.» «Callate de una vez, pedazo de un *abombao*, me tenés podrido.» **2.** También *mareado*, *aturdido*.

**abundante** adv. En grandes, ingentes, pantagruélicas cantidades. Muchísimo. «Anoche tomamos *abundante* cerveza y nos agarramos un pedo tísico.» «Qué ricas estaban las empanadas, tenían *abundante* carne.» «Al Gordo Wálter le gusta la milanga con *abundante* mayonesa.» «Sí, le pone *abundante* mayonesa a todo. Es tremendo angurriento.» «Comimos *abundante*.» «¡Fah, qué calor hace!», dice uno; «*Abundante*», responde el otro.

**acá me-ando** expr. Se usa para responder con pocas ganas a alguien a quien no se tiene ganas de responder cuando pregunta: «¿Qué hacés, bo?» o «¿qué se cuenta?» «Nada, acá me-ando...»

**acalambrado -da** adj. Abrumado, atosigado. Dícese del estado en que queda una persona al soportar una situación molesta o de abuso constante. «Carlitos me tiene *acalambrado* manguéandome tabaco todos los días.» «Ya nos tienen *acalambrados* con el aumento del precio del boleto, de la nafta, del gas, de la verdura y de todo lo que hay para aumentar.»

**acalambrante** adj. Abrumador, insoportable, pesado, fastidioso. Dícese de una persona que *acalambrá* a los demás hablando mucho y fastidiosamente, o con actitudes molestas, ya sea por excesivas o por tediosas. «Qué tipo más *acalambrante* este loco. Cada vez que aparece me mangua doscientos pesos.» «Nunca había visto una obra de teatro más *acalambrante* que esta. No veía la hora de que terminara.»

**acalambrar** tr. Atomizar, atosigar a alguien de manera constante, con una conversación abrumadora o con una conducta fastidiosa o incluso abusiva. «Estábamos lo más tranquilos y de repente me empezó a *acalambrar* con un montón de boludeces.» «Anoche me pararon los milicos y me *acalambraron* a preguntas.»

**aceite, comer con** loc. verb. **1.** Estar holgado económicamente. «El que está *comiendo con aceite* es Juan Pablo; le está yendo bien en el laburo.» **2.** Estar curtiendo con alguien muuuuy lindo o linda. «¡Vos sí que estás *comiendo con aceite*, ¿eh?!»

**achicar** **1.** intr. Bajar un cambio, deponer una determinada actitud alguien que está fuera de sus cabales o que hace algo desubicado.

«*Achicá* un cacho, bo, porque te estás yendo al carajo. ¿Cómo le vas a decir eso a tu madre?» «Gurises, *achiquen* un cacho con el griterío porque si no los vecinos van a llamar a los milicos, como el otro día.» «No hay forma de que la vecina *achique* con la mala onda que tiene.» **2.** intr. Detenerse en un lugar para descansar o hacer tiempo. «Che, están cayendo soretes de punta. Si querés, podés *achicar* acá esta noche.» «Vamo' a *achicar* acá abajo hasta que pase la lluvia.» **3.** intr. Quedarse en algún recoveco de la casa de alguien por un tiempo, a veces indeterminado, que puede ser desde una noche hasta varios meses, mientras se resuelve alguna situación habitacional adversa. «Desde que me separé estoy *achicando* en la casa de mi vieja hasta que pinte algo para alquilar.» «Bo, ¿puedo *achicar* en tu casa un par de meses hasta que consiga laburo y me alquile un cuarto de pensión?» **4.** tr. Esperar a alguien. «*Achicame* que llego en quince.» «Andá tranqui que yo te *achico* en el boliche de la esquina.» «Bo, vamo' a *achicar* a los gurises, que se quedaron meando en la otra cuadra.» «¡Boooo..., *achiquen* que estamos meando, no sean soretes!» **5.** tr. Ponerle un achique a la punta del porro. «¿Alguien tiene un cartoncito para *achicar* esto, que me estoy quemando los dedos?»

**achicharrado -da** adj. Muy enojado, caliente. Dícese de una persona que se agarró flor de bronca. «Este loco, con esas actitudes de mierda, me tiene recontra*achicharrado*.» «Yo sé que estás *achicharrada* con el flaco ese, pero no le des más bola, no te quemes la cabeza.»

**achicharrarse** prnl. Enojarse, calentarse pero mucho. «La Rubia es medio calentona, puede *achicharrarse* por cualquier cosa, pero después se le pasa, tenele paciencia.»

**achicoria** f. Pobreza generalizada, piojera. Situación en la que nadie tiene un mango

partido al medio. «Qué *achicoria* hay en la vuelta... Y eso que recién estamos a quince... ¡Cómo será a fin de mes!»

**achique** m. **1.** Pedazo de cartón, papel o similar con el que se hace una boquilla para terminar de fumar la punta de un porro. «Bo, pásame un cartoncito para hacer un *achique*», dice alguien mientras aguanta el humo de la última pitada y se quema los dedos con la punta. **2.** Lugar que pinta para quedarse a dormir por diversos motivos, como estar borracho o drogado (o ambas cosas), o no estar en condiciones de volverse a su casa tanto por la hora como por la situación habitacional. «Bo, ¿da para hacer un *achique* acá, que a esta hora no pasa más el 183?» «Tengo un amigo argentino que se viene por un mes por un laburo y está buscando *achique*. Si sabés de algo, avisame.»

**adherente** m. Toallita, protector para «toda mujer que necesita verse confiada, fresca, elegante y femenina a toda hora, todos los días y aun en esos días», según dice la publicidad. «Bo, ¿tenés un *adherente* para prestarme, que estoy menstruando?» «No uso más *adherentes*, me compré una copita menstrual.»

**adobado -da** [adobao -á] adj. Borracho, beodo. Estado en que se encuentra una persona debido a la ingesta de alcohol. «Me parece que el Esteban ya vino bastantito *adobao*, porque no para de decir boludeces y anda arrastrando la lengua.»

**adscripción** f. En los liceos, oficina de los profesores adscriptos, donde se planifica y se ejecuta toda la operativa concerniente a sus funciones y donde se dirige el alumnado cuando tiene algún problema. Hasta algunos cuantos años después de finalizada la dictadura, era el lugar de castigo para los jóvenes que se portaban mal en clase o iban al liceo sin uniforme, entre otras cosas, por lo que daba tanto miedo que te mandaran allí como a la

cárcel de Guantánamo. «¡Rodríguez, derecho a la *adscripción* por tirar chumbitos en clase!»

**adscripto -ta** m. y f. Funcionario encargado de la atención a los alumnos y a los profesores en ciertas tareas administrativas relacionadas con los cursos en los liceos de educación pública y privada. Si bien sus funciones datan de una circular de 1979, en plena dictadura, y que aún sigue vigente, estas han ido cambiando por la vía de los hechos. En aquellos tiempos, entre otras cosas, los adscriptos eran los encargados de vigilar el largo del pelo en los estudiantes varones y de las faldas en las chiquilinas, así como de limpiar el tocadiscos y controlar que los jóvenes no hicieran cosas raras en los baños. Hoy en día, conforme ha pasado el tiempo, se ha ido transformando en un actor con roles de acompañamiento, orientación y cuidado de los estudiantes, además de encargarse del control de asistencias, entrega de carné, intermediación entre los profesores, estudiantes, padres, madres, directores y auxiliares, entre otras cosas. «Me llamó la *adscripta* del liceo para avisarme que encontraron al gurí fumando porro en el baño.»

**afeitabic** f. Maquinilla de afeitar; rasuradora. El término proviene de una línea de maquinillas



comercializadas por la empresa Bic. «Me corté toda la cara con esta *afeitabic* de mierda, la concha de la lora.»

**afilar** tr. Dar filo. Flirtear, cortejar o coquetearle a alguien. «Esa morocha me parece que te está meta *afilar*.» «Me estuvo *afilando* toda la noche y al final se fue con otra.» «Ya van dos o tres veces que el flaco me *afila* y después cuando anda con los amigos no me da pelota.»

**afrecho** m. Calentura fatal, carga hormonal excesiva a raíz de la falta de actividad sexual. Necesidad ingente y urgente de coger. «Tengo un *afrecho* que no aguanto más; hace como seis meses que no la pongo ni por casualidad.» «El Maxi anda con terrible *afrecho*... Le dicen “mamá negra”: ni se sabe la leche que tiene adentro.»

**agitar** intr. Salir de farra, de fiesta o a desbundarse. «Bo, vamos a *agitar* esta noche, que hay baile en la Facultad de Psicología.» «Ando con pocas ganas de *agitar*, toy medio bajoneado, prefiero quedarme tranqui en casa.»

**agite** m. **1.** Movida. Espectáculo o actividad pública o social que se pone buena y que está llena de gente. «Bo, vamo' pa'l parque, que esta noche hay terrible *agite*; tocan unas bandas.» «Los gurises organizaron un *agite* para juntar fondos para la radio comunitaria y rifaron un veinticinco de cogollos.» **2.** Fiesta, farra, desbunde. «Dale, bo, vamo' a salir de *agite* esta noche, que está preciosa.» «Estuvimos de *agite* hasta las siete de la mañana. Hoy no me podía levantar y no fui nada a laburar.»

**agrupación carnavalesca** [también *camavallera*] f. Nombre que designa a los conjuntos que compiten en las distintas categorías del concurso oficial del carnaval, organizado entre la Intendencia de Montevideo y Directores

Asociados de Espectáculos Carnavalescos y Populares del Uruguay (DAECPU); además de la categoría Murgas, se compite en las categorías Parodistas, Humoristas, Revistas y Sociedades de Negros y Lubolos. Dicho concurso se lleva a cabo en el Teatro de Verano, desde fines de enero y durante todo febrero hasta entradito marzo, dependiendo de la cantidad de días que hayan llovido y obligado a suspender etapas. Allí es donde se ven las mejores actuaciones, ya que las agrupaciones presentan sus actuaciones completas ante un jurado que pone y quita puntos, y además salen en vivo por la televisión, por lo que dejan la vida, lo mejor de sí. Como si fuera el Mundial, ponele. Y, como si fuera un Mundial, además de los ganadores, en cada categoría también se premia con menciones especiales; por ejemplo, a la figura máxima del carnaval, a la revelación, al mejor vestuario de las distintas categorías, a la mejor puesta en escena, maquillaje, coreografía, letrista, cuerda de tambores, batería de murgas, mamá vieja y como dos o tres millones de cosas más.

**agua jane** f. Lavandina. Producto de limpieza elaborado a base de hipoclorito de sodio. Su nombre proviene de la marca que popularizó la fórmula a fines del siglo XIX. Se le llama así aunque la marca sea Ayudín o Sello Rojo, y también se le dice simplemente *jane*. «Voy al almacén del Braian a buscar detergente, una esponja y *agua jane*, así limpio el baño, que viene mi vieja de visita y si lo ve sucio me caga a pedos.»

**ahí va** [pronunciación: *aivá*] expr. Se usa para indicarle a alguien que se le está prestando atención mientras habla, para hacerle saber que se entiende lo que está diciendo. «Estoy vendiendo tortafritas en la feria», cuenta uno; «*Ahí va*», dice su interlocutor. «Cuando tires de la cisterna tenés que fijarte que no quede perdiendo», dice uno; «*Ahí va*», responde el otro.

**al alpiste** loc. adv. En alerta. Se usa para indicar que se debe estar atento o ponerse alerta ante determinada situación. «Estate *al alpiste* mañana, que en una de esas pasa el Flaco Marcelo a buscar las cosas.»

**alcohol rectificado** m. Alcohol etílico que se utiliza tanto para desinfectar heridas como para fajinar en la gastronomía, y hasta para hacer licores.

**alerta** f. Alerta feminista. Movilización organizada por la Coordinadora de Feminismos que se convoca como respuesta ante cada femicidio que sucede en el país. En Montevideo, generalmente la concentración se realiza en la plaza Libertad y en muchos casos se marcha por la avenida 18 de Julio. De convocatoria variable, han participado desde un puñado de mujeres hasta varios cientos de personas. Se iniciaron en 2014, cuando fue asesinada en Valizas, Rocha, Lola Chomnalez. «Recién me crucé con la vieja Mirta, María Delia y la pelirroja, que se iban para la *alerta* a repartir volantes.»

**alfajor bajonero** m. Tipo de alfajor que se comercializa bajo la marca *Marley*, ideado especialmente para comer luego de fumar porro, cuando te viene el bajón de hambre. Brillante idea comercial de un cráneo lúcido que se dio cuenta de que, con la apertura de la marihuana, todo el mundo fabricaba desmorrugadores, hojillas extrañas, tuqueras y de todo para el porro del falopero, menos algo para bajonear. Fueron y siguen siendo un éxito, a pesar de que no son muy grandes y cuestan cerca de dos dólares cada uno. Los hay de chocolate negro y de chocolate blanco, siempre rellenos con abundante dulce de leche.

**alquilar** tr. *Descansar* (ver), agarrar a alguien de punto, como objeto de bromas y burlas. «Mejor me callo, porque ya veo que me van a *alquilar* toda la noche.» «No te pongas así,

te estamos *alquilando*, era un chiste.» «Ta, bo, no me *alquilen* más, me tienen podrido.»

**almazemendi** adj. Alzado. Voz burlona que refiere a aquella persona que está alzada o desesperada por sexo. Término probablemente popularizado a partir del apellido del exfutbolista Antonio Alzamendi, que jugó en la selección uruguaya entre 1978 y 1990. «Bo, *almazemendi*, dejá de chamuyar a todas las minas, ¡parecés un desesperado!»

**amarga** f. Bebida alcohólica típica, perteneciente a la familia de los amaros, cuyo ingrediente principal, entre otras hierbas, es la raíz de genciana, la cual le da amargor. De unos veinticinco grados de alcohol, tradicionalmente, se bebió entre el viejío en bares de copas y boliches de borrachos, tanto sola, el que es muy guapo, como cortada con vermuth rosso (ver *amarga con vermú* y *medio y medio*), aunque en los últimos años, en algunos departamentos como Paysandú o Soriano, está haciendo furor entre los jóvenes tomarla cortada con pomelo, tónica o refresco cola. Las marcas más conocidas son Flor de Amarga Vesubio, 5 Raíces, Amaretto y Amaral. || **amarga con vermú** f. Variedad de *medio y medio* (ver), que se consigue a través de la mezcla de una parte de amarga y otra de vermuth rosso, y que se chupa con hielo, especialmente entre los viejos borrachos que frecuentan los bares de copas y piringundines varios. «Manolo, servime una *amarga con vermú* doble, con poco hielo.»

**amargo** m. Mate amargo. «¿Vamos a tomar unos *amargos* a la plaza?» «Aprontate un *amargo* que voy a comprar unos bizcochitos.»

**amargo -ga** adj. Malhumorado, gruñón, pesimista o de carácter ácido. Dícese de una persona amargada, que suele hacer comentarios negativos todo el tiempo, que se queja de todo y todo le molesta, o que suele hacer